

Agatha Christie®

PELIGRO INMINENTE

Un ingenioso crimen
que resolverá
HÉRCULES POIROT



AGATHA CHRISTIE

PELIGRO INMINENTE

Traducción de E. M.



Peril at End House © 1932 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Used with permission.
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de E. M. © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: julio de 2023
ISBN: 978-84-670-7063-7
Depósito legal: B. 11.361-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

EL HOTEL MAJESTIC

—**E**n mi opinión, no hay puerto de mar al sur de Inglaterra más hermoso que Saint Loo, y comprendo el entusiasmo que sienten por la localidad sus huéspedes estivales, quienes la llaman la reina de las playas. Recuerda a la Riviera por muchos motivos. La costa de Cornualles rivaliza en belleza con la Costa Azul.

Cuando hube expuesto ese pensamiento a mi amigo Hércules Poirot, me respondió:

—No es muy original su afirmación, mi querido Hastings, pues la leímos anoche en el coche restaurante, en la carta del menú.

—Y ¿por eso no le parece justificada?

Poirot sonreía para sí mismo, absorto en sus propias reflexiones. Tuve que repetir la pregunta.

—Discúlpeme; estaba pensando en otra cosa, y precisamente en ese lugar del que usted hablaba.

—¿En la Riviera?

—Sí. Pensaba en el último invierno que pasé allí y en los acontecimientos que sucedieron.

Recordé. Se había cometido un asesinato en el tren di-

recto del Mediterráneo, y Poirot, con su acostumbrada e infalible perspicacia, había conseguido desenredar las enmarañadas complicaciones de aquel crimen.

—¡Ah! —suspiré—. ¡Cuánto me hubiera gustado estar con usted en aquel momento!

—También hubiera querido yo tenerle a usted cerca, porque su experiencia me hubiese sido muy valiosa.

Le miré de reojo, pues por mi larga experiencia desconfío de los cumplidos de Poirot. Pero esta vez parecía hablar realmente en serio. Y ¿por qué no? ¿Quién podría preciarse de conocer mejor que yo sus métodos?

—Lo que más eché de menos fue su férvida fantasía, amigo Hastings. —Y añadió, casi hablando consigo mismo—: Siempre se necesita alguna pequeña ayuda. Sin embargo, cuando intento aclarar una duda exponiéndosela a George, me veo obligado a reconocer que mi criado carece de imaginación, y eso que es bastante listo.

A decir verdad, la observación no me pareció muy acertada. Pregunté a mi amigo si no le venían ganas de volver a la actividad de otros tiempos. Su vida actual, tan pausada...

—Me viene como un guante —me replicó al momento—. Tenderse al sol es la más agradable de las ocupaciones. Y, además, descender voluntariamente del pedestal cuando se ha llegado ya a la cumbre de la notoriedad..., ¿puede haber algo mejor? En todas partes se habla de mí como del grande, del único, del incomparable Hércules Poirot. Nadie ha superado mi valía, nadie ha estado a mi altura, nadie lo estará nunca. El resultado que he conseguido no ha sido del todo malo, y me contento con él; yo soy modesto.

¿Modesto? Yo habría escogido cualquier otra palabra.

El narcisismo de mi amigo no se había debilitado con el transcurso de los años. Se apoyó contra el respaldo de la silla atusándose el bigote; parecía un gatito ronroneando.

Estábamos sentados en una de las terrazas del Majestic, que era el principal hotel de Saint Loo. Y a ese hotel pertenece el terreno del que surge un espolón rocoso elevado sobre el mar. A nuestros pies verdeaban las palmeras de su jardín. La superficie del agua era de un azul oscuro, el cielo muy claro, el sol tenía ese resplandor de agosto que no siempre, no muy a menudo, le concede a Inglaterra. Sentíamos a nuestro alrededor un alegre zumbido de abejas. La escena era ideal.

Habiendo llegado la víspera por la noche, aquella era para nosotros la primera mañana de una proyectada estancia de ocho días. Y, para que esas vacaciones fueran perfectas, bastaría con que siguiéramos teniendo buen tiempo.

Recogí un periódico que había en el suelo y empecé a leer las noticias del día: la situación política, enojosa, pero poco interesante; China en desorden; un gran robo cometido en la City. Volví la página en busca de alguna columna que me llamase la atención y al punto comenté en voz alta:

—Es curiosa esa epidemia de psitacosis en Leeds.

—Sí, muy curiosa.

—Parece que ha habido otros dos casos mortales.

—¡Lástima!

—Y no se tienen noticias de Seton, ese que quiere dar la vuelta al mundo volando. Son muy atrevidos nuestros jóvenes aviadores. Del Albatros dicen que es un hidroplano de construcción perfecta. ¡Con tal de que sea verdad! ¡Con tal de que no se haya matado!... Aún hay

esperanza: quizá haya aterrizado en alguna isla del Pacífico. En cuestión de política, me parece que se molesta demasiado al ministro del Interior.

—Es verdad —interrumpió Poirot—. Y ese pobre hombre debe de verse apurado de veras, puesto que busca apoyo donde usted nunca imaginaría.

Le miré. Con una ligera sonrisa, sacó del bolsillo la correspondencia llegada por la mañana, bien envuelta en un paquetito atado con una goma. Cogió una carta y me la alargó diciéndome:

—Debería haberla recibido ayer.

Después de leerla, exclamé con un ligero entusiasmo:

—Puede usted estar orgulloso, me parece.

—¿Lo cree usted así?

—¡Un ministro entusiasta de sus habilidades!

—Y con razón —dijo tranquilamente Poirot, sin mirarme de frente.

—Le suplica a usted que investigue; se lo pide como un favor personal.

—Sí, pero no hace falta repetirme sus frases. Ya comprenderá usted que las he leído.

—¡Qué lástima! —exclamé suspirando—. ¡Se acabaron nuestras vacaciones!

—¡No, hombre, no! ¡Tenga usted calma! No hay que renunciar a nuestra feliz holganza.

—Si el ministro dice que la cosa es urgente...

—Tal vez lo sea y tal vez no. Los políticos, en general, se impacientan con facilidad. En las sesiones de la Cámara, en París, he llegado a ver...

—El caso es que hemos de prepararnos para partir. Ya se nos ha hecho tarde para el expreso de Londres, que sale a las doce. El próximo tren...

—Le repito que tenga calma, Hastings. Usted se pone nervioso enseguida. No nos iremos a Londres hoy ni tampoco mañana.

—Pero ¿esa llamada...?

—No me altera en lo más mínimo. Yo no pertenezco a la policía inglesa. Se me pide que aclare un suceso enmarañado, se me pide como detective particular, y yo me niego.

—¿Se niega?

—Sí. Respondo en tono muy cortés, presento mis excusas, pido disculpas porque las circunstancias me impiden ayudarle... y explico mi voluntad de retirarme, por creerme ya un hombre acabado.

—Pero ¡no lo es! —exclamé.

Poirot me golpeó amablemente la rodilla con una mano.

—Es la voz del corazón de un buen amigo. Y dice bien. Las células grises funcionan aún admirablemente; todavía tengo una inteligencia capaz de claridad, de orden, de método. Pero el que ha resuelto descansar no se retracta de su decisión. Yo no soy un divo de teatro para despedirme veinte veces del público. Además, quiero dejar generosamente el puesto a los jóvenes. ¿Quién sabe si estos no han de llevar a cabo brillantes logros? Lo dudo mucho, pero puedo equivocarme. Sea como fuere, siempre sabrán lo bastante para limpiar de basuras el ministerio.

—Y ¿el homenaje que esta carta rinde a su valía?

—No me deja ni frío ni caliente. El ministro del Interior, con muy buen sentido, sabe que, si pudiera asegurarse mis servicios, se le allanarían todos los obstáculos. Pero ese buen hombre llega tarde. No está de suerte. Hércules Poirot se dedica a descansar.

Le miré asombrado, deplorando su obstinación. Aunque ya segura y grande, su fama, sin embargo, se hubiera acrecentado de solucionar los problemas del ministro del Interior. Por lo demás, era realmente admirable la firmeza de mi célebre amigo. Se me ocurrió decirle sonriendo:

—Debería darle a usted miedo expresarse con tanto énfasis. No tiene a los dioses.

—Es imposible que alguien haga desistir a Hércules Poirot de una decisión que haya tomado.

—¿Imposible? ¿De veras?

—Tiene usted razón, Hastings; no debería ser tan categórico en mis afirmaciones. Así pues, diré que si cerca de mí alguien disparase una bala contra la pared, a la altura de mi cabeza, querría investigar hasta comprender la causa de lo sucedido. Por más que digamos, siempre seguiremos siendo miserables criaturas humanas.

Y precisamente en aquel momento cayó junto a nosotros en la terraza una piedrecita, por lo cual me hizo reír la hipótesis que imaginaba mi amigo. Vi que se inclinaba para recoger el guijarro al tiempo que seguía diciendo:

—Sí, somos criaturas humanas. Y si nos echamos a dormir, puede darse el caso de que alguien venga a despertarnos.

Me extrañó un poco verle levantarse en aquel momento y descender los dos escalones que separaban el jardín de la terraza. Y precisamente en aquel instante, mientras él bajaba, casi le salió al encuentro una señorita muy esbelta.

Apenas tuve tiempo de ponderar su rara elegancia cuando mi atención hubo de volverse de nuevo a mi amigo, que, por no haber mirado bien dónde ponía el

pie, cayó pesadamente contra las raíces de un árbol, que sobresalían en exceso.

Se había desplomado muy cerca de la joven, por lo cual ella y yo acudimos con la misma prontitud a ayudarlo. Mientras le atendía, sentí la presencia de una abundante cabellera castaña al tiempo que el oscuro azul de unos ojos maliciosos se posaba en nosotros.

—Le pido mil perdones, mademoiselle —balbuceó Poirot—. Su amabilidad me confunde... ¡Ay!... Me he torcido un pie... Pero no será nada... Pasará... Si quisieran ayudarme; usted, Hastings, por un lado, y mademoiselle por el otro... Si no es muy indiscreto lo que les pido...

Sostenido por nosotros, volvió a subir cojeando a la terraza y de nuevo tomó asiento en la silla abandonada poco antes.

Le propuse que llamase a un médico, pero no quiso oír hablar de eso.

—No es nada. Una simple torcedura. Y eso que me duele bastante... ¡Ay!... —Tras el breve lamento, añadió casi inmediatamente—: ¡Bah! Dentro de diez minutos ya no pensaré en ello. Mademoiselle, no sé cómo agradecerle... Tenga la bondad de sentarse, por favor.

La joven asintió y se sentó.

—No será nada —dijo luego—. Pero debería usted llamar al médico.

—Ya pasará. Es una minucia, un pequeño dolor que, con el placer de su compañía, casi ni siento.

—Muy bien —dijo riendo la señorita.

—¿Tomará usted un aperitivo? —pregunté yo en aquel momento—. Es la hora más adecuada, me parece.

—Pues bien, sí, acepto, muchas gracias.

—¿Un martini?

—Sí, con mucho gusto. Un martini.

Me fui. Cuando volví, después de encargar las bebidas, encontré muy animada la conversación entre ella y Poirot.

—Figúrese, Hastings —me dijo inmediatamente mi amigo—, que aquella casa que está en la punta del espalón y que tanto hemos admirado pertenece a mademoiselle.

—¿De veras? Su hogar es un lugar muy original. Parece una roca dominadora, aislada, imponente.

—La llaman La Escollera. Le tengo bastante cariño, a pesar de lo poco que vale. Es tan vieja que se cae a pedazos.

—¿Es acaso la última superviviente de un antiguo apellido?

—No, pero sí de una familia noble... En los últimos trescientos años siempre ha habido Buckleys en Saint Loo. Hace tres años perdí al único hermano que tenía, así que soy en realidad la última de nuestra familia.

—¡Triste destino! Y ¿vive usted sola en La Escollera, mademoiselle?

—Suelo parar poco en Saint Loo. Y cuando estoy en casa, tengo siempre a mi alrededor un séquito de alegres amigos.

—Es usted modernísima, mademoiselle. Y yo que me la imaginaba llevando una vida muy recogida en un palacio antiguo, misterioso, sobre el que pesase alguna maldición familiar...

—¡Qué ardiente fantasía la suya! No, La Escollera no alberga ningún fantasma... O a lo sumo alberga uno que cuida de mí. En tres días consecutivos, me he librado tres veces de la muerte. Casi podría creer en una protección sobrenatural.

Poirot se incorporó en su silla.

—¿Que se ha librado tres veces de la muerte? Cuénteme, mademoiselle, le suceden cosas interesantes...

—No; no se trata de nada espectacular. Simples incidentes... —Movi6 vivamente la cabeza para espantar una avispa y aadi6 en tono atrevido—: ¡Malditos bichos! Debe de haber un nido por aqu4 cerca.

—Se ve que las abejas y las avispas no le gustan demasiado. ¿Le han picado a usted alguna vez?

—No; pero detesto o4rlas zumbar casi en mi cara.

En aquel momento llegaron las bebidas. Alzamos los vasos, abandonándonos al intercambio de las frases de rigor, como si cumpliéramos un ritual.

—Tengo que irme al hotel para estar allí a la hora del aperitivo —dijo la se1orita Buckley—. Si no, creerán que me he perdido por el camino.

A Poirot le picaba la garganta cuando dej6 el vaso.

—Cuánto preferiría una buena taza de chocolate —balbuce6—. Pero eso no es muy habitual en Inglaterra... En cambio, tienen ustedes algunas costumbres muy agradables... Las j6venes se ponen y se quitan el sombrero... de un modo tan gracioso... Con tanta facilidad...

La muchacha abri6 mucho los ojos.

—¿Qu6 hay de malo en ello? ¿Por qu6 no habríamos de hacerlo?

—Usted habla así porque es joven, mademoiselle, muy joven. Para mí, un sombrero normal sigue siendo una cosa alta y r4gida, fijada con largos alfileres... *là... là... et là.*

Poirot subrayaba con alegre m4mica sus palabras.

—Ya, pero ese tipo de sombreros son muy inc6modos.

—Estoy convencid4simo de ello. Ninguna m4rtir de

la moda hubiera podido protestar con más razón. Los días de viento, los sombreros rígidos debían de ser un verdadero tormento, una causa segura de jaqueca.

La señorita Buckley se descubrió y tiró el sombrero al suelo.

—Y ahora hacemos esto —exclamó riendo.

—Y es cosa sensata y graciosa —respondió Poirot con una ligera inclinación.

Miraba yo atentamente a la muchacha. Con los cabellos un poco revueltos en aquel momento, me recordaba, Dios sabe por qué, a un elfo, un pequeño espíritu. Algo melancólico emanaba de toda su persona, de su menudo rostro, de los grandes ojos de un azul oscuro; algo así como un efluvio indefinido e indefinible.

¿Soplaba tal vez en torno a ella alguna brisa de inquietud? Bajo los ojos tenía unas sombras oscuras.

La terraza en que nos habíamos sentado estaba poco concurrida. La otra terraza, más grande y preferida por los demás, se extendía detrás hacia la alta ribera que dominaba el mar.

Un hombre de faz colorada dobló la esquina. Por su andar oscilante y por el modo de llevar los puños casi cerrados y los brazos caídos, revelaba a primera vista ser un hombre de mar.

—No acierto a comprender dónde se ha metido —decía, con voz que se oía fácilmente desde donde nosotros estábamos—. ¡Nick! ¡Nick!

La señorita Buckley se levantó.

—Esperaba verle impacientarse... Aquí me tiene, George.

—Freddie está rabiando porque usted no ha acudido al aperitivo. Venga, vamos para allá.

Le dirigió a Poirot, a quien seguramente consideraba muy distinto de los demás amigos de la muchacha, una mirada de franca curiosidad.

La joven esbozó una presentación.

—El comandante Challenger, el...

Con gran sorpresa por mi parte, Poirot no pronunció su nombre. Se levantó, saludó con mucha ceremonia y dijo sentenciosamente:

—¿Oficial de la Marina inglesa? Siento gran simpatía por la Armada inglesa.

Los ingleses no suelen recibir cumplidos de esa clase. El comandante Challenger se sonrojó mientras Nick Buckley tomaba el mando de la situación.

—¡Vamos, vamos, George! No se entretenga, que Freddie y Jim nos esperan. —Y volviéndose sonriente hacia Poirot, añadió—: Mil gracias por el aperitivo. Espero que se cure pronto el tobillo.

Después de saludarme también a mí, apoyó la mano en el brazo del marino y se marchó con él, desapareciendo por la esquina de la casa.

—He aquí, pues, a uno de los amigos de la muchacha —balbuceó Poirot—, uno de la alegre cuadrilla. —Y volviéndose hacia mí, añadió mirándome—: ¿Qué me dice usted de él, Hastings? Expóngame su juiciosa opinión. ¿Le parece un buen chico?

Para tener tiempo de decidir qué significaban para Poirot las palabras «buen chico», contesté evasivamente:

—Parece una buena persona, por lo que se puede descubrir con una simple ojeada.

—Me pregunto... —murmuró.

La muchacha se había olvidado el sombrero. Poirot se inclinó, lo recogió y se puso a hacerlo girar con un dedo.

—¿Cree usted que ese individuo la trata bien?

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? Deme ese sombrero. La muchacha lo necesitará; voy a llevárselo.

En vez de acceder a mi petición, mi amigo seguía haciendo girar lentamente el fieltro.

—Espérese, que esto me entretiene; no corre prisa...

—Hombre...

—Envejezco, desvarío, ¿verdad?

Esas palabras eran exactamente las que me cruzaban por la mente, por lo que me disgustó oír con tanta claridad lo que estaba pensando.

—No, no tema. Aún no desvarío. Devolveremos el sombrero a su dueña, claro está, pero no ahora. Se lo llevaremos a La Escollera, y de ese modo tendremos ocasión de volver a ver a la graciosísima mademoiselle Buckley.

—¿Se ha enamorado usted de ella? —pregunté.

—¿Le parece a usted de veras una joven hermosa?

—¿Por qué me lo pregunta? Bien la ha visto usted.

—Porque desgraciadamente yo no soy juez en la materia. A mí, ahora, todo lo que es joven me parece bello. Es la tragedia de quien ha dejado atrás la juventud. En cambio, usted puede opinar; se comprende que sus juicios puedan ser algo atrasados, pues aún tiene usted ante los ojos los figurines de hace cinco años: ha permanecido usted mucho tiempo en Argentina. Aun así, es usted más moderno que yo. ¿Es una joven bella? ¿Atractiva? ¿Cree usted que un hombre puede perder por ella la cabeza?

—Yo diría que sí... Pero ¿cómo se apasiona usted tanto por esa jovencita?

—¿Apasionarme yo?

—Basta oírle hablar.

—Se equivoca, *mon ami*. Me interesa mademoiselle Buckley, es verdad; pero me interesa muchísimo más su sombrero.

Le miré estupefacto: ¿hablaba en serio? Poirot movió la cabeza.

—Sí, Hastings; este sombrero.

Alargó el brazo para que mirase de cerca el sombrero y me preguntó:

—¿Ve usted ahora la razón de mi interés?

Con gran asombro repuse:

—Es un sombrero bonito, pero que no tiene nada de particular... He visto otros iguales a este en infinidad de mujeres.

—¿Iguales a este? Ninguno.

Lo examiné más detenidamente.

—¿No lo ve usted? —insistió Poirot.

—Veo un modelo de fieltro oscuro, de elegante diseño...

—No le pido que me lo describa. Es evidente que usted no ve: no sabe ver. Yo lo observaría sabe Dios cuántas veces y siempre con el mismo asombro. Pero mire bien, tontuelo. En este caso, no hace falta gran desperdicio de células grises: basta tener ojos. Mire, mire...

Y, por fin, discerní la incongruencia acerca de la cual quería llamarme la atención. El sombrero giraba lentamente alrededor de un dedo de mi amigo, y este dedo estaba metido en un orificio en la tela. Cuando se convenció de que había adivinado sus pensamientos, retiró la mano y me hizo examinar el agujero. Su contorno era muy claro y perfectamente circular, y no comprendía yo su utilidad.

—¿Ha observado usted el miedo que le daban a la joven las avispas? ¿Ve usted... el agujero del sombrero?

—¡Qué tontería! Una avispa no podría hacer este agujero en el fieltro.

—Es muy cierto, Hastings; ¡qué perspicaz es usted! Una avispa no, pero una bala de revólver sí.

—¿Una bala?

—Sí, como esta.

Me tendió una mano, en la palma tenía un minúsculo objeto.

—Mire; esto cayó en la terraza hace un instante, mientras hablábamos.

—Así, usted cree...

—Creo que, si le hubiera dado dos centímetros más abajo, la bala no hubiese perforado el fieltro, sino la cabeza de la joven. ¿Comprende usted qué es lo que me interesa? Sí, tenía usted razón al decirme que no debería haber empleado yo la palabra «imposible». Somos criaturas humanas, sí. Pero se equivocó de medio a medio el criminal que eligió a su víctima cuando esta se hallaba a pocos metros de distancia de Poirot. No le arriando la ganancia... Y ahora seguramente comprenderá usted por qué tenemos que ir a La Escollera y trabar amistad con mademoiselle Buckley. Ha escapado de tres atentados en tres días consecutivos, ella misma nos lo ha dicho; así pues, hay que actuar pronto, Hastings: el peligro es inminente. No podemos perder tiempo.